

La obra y la personalidad de don Vicente Palacio Atard

Antonio FERNÁNDEZ GARCÍA

De no haber surgido la tala de una disposición ministerial que ha enviado a sus domicilios a varias decenas de catedráticos ilustres, precisamente en el momento en que su magisterio granado de reflexión y experiencia podía resultar más enriquecedor para la comunidad universitaria, el profesor Palacio Atard se habría acercado al medio siglo en tiempo contabilizado de docencia en las aulas cuando cumpliera la edad tradicional de retiro; mas a pesar de esta forzada migración de intelectuales a tareas contemplativas en sus retiros domésticos, don Vicente Palacio ha acumulado en su hoja de servicios cuarenta y cuatro años de docencia, y era, en la fecha de la jubilación de su cátedra de Historia Contemporánea de España en la Universidad Complutense, el número dos o tres en el escalafón de la Universidad española. Cuantos hemos tenido el privilegio de compartir algunas páginas de esta larga biografía al servicio de la ciencia hemos podido admirar su honestidad intelectual, su incansable esfuerzo en la búsqueda de nuevos rumbos para el trabajo histórico, su vocación de piloto de empresas investigadoras, en las que ilusionaba a quienes le rodeaban, y una personalidad en la que brillan virtudes casi olvidadas, que en otros tiempos, y quizá siempre todavía, diría Machado, calificaban al intelectual auténtico, o en sentido clásico al sabio, y lo distinguían del estudioso o del erudito. Dispare sus discípulos en quehacer científico, nivel académico o ideología, han comulgado todos en un sentimiento de veneración por el maestro. Tal unanimidad cordial, excepcional en nuestra opinión, procede de la admiración por su obra científica y sus métodos, y en otro plano se ha vivificado en el trato próximo a una personalidad singular, en la que ha brillado limpia la generosidad, la disposición del ánimo pronto a ayudar en toda ocasión. En reunión de colaboradores y ex alumnos en torno al maestro, el autor de estas líneas destacó su tolerancia, la indeclinable actitud de respeto de un jefe de escuela que únicamente pedía a sus discípulos que fueran honestos e independientes, sin que jamás introdujera entre ellos distinciones

basadas en criterios ideológicos o de ortodoxia moral. Y la integridad de quien en una sociedad de palafreneros, siempre dispuestos a portear la silla del poderoso, no utilizó nunca en provecho propio situaciones favorables, ni se rindió al halago, ni llegó a saber lo que era una treta para el medro. Pero decíamos que esta unanimidad afectiva enraiza asimismo en los valores de su producción científica, y éste será el asunto que nos ocupe.

Su obra extensa y diversa en temas y enfoques, se ha inspirado en un criterio permanente de renovación. De un total de 126 títulos, sobresalen nueve libros científicos, al lado de algunos folletos y varias síntesis universitarias, desde los dos volúmenes de *Historia moderna y contemporánea* del año 1959 hasta *La España del siglo XIX*, Premio Nacional de Historia de 1978. Impulsor, por otra parte, de bastantes empresas y trabajos en equipo, ha alumbrado programas investigadores de su exclusiva iniciativa personal. Así asumió la dirección de «Estudios y documentos» en Valladolid, de la colección de monografías «Historia de España en el mundo moderno», del CSIC, o de los «Estudios de Historia Contemporánea», proyecto patrocinado por la Comisión asesora, y coordinó los diversos equipos de las universidades de Madrid, Salamanca, Barcelona, Valladolid y Córdoba que investigaron sobre la cuestión social en la España de la Restauración, con motivo del centenario de la Comisión de Reformas Sociales, cuyos resultados se debatieron en unas Jornadas en abril de 1984 y verán la luz editorial próximamente. Pero su gran empresa han sido los «Cuadernos Bibliográficos de la Guerra de España», publicados por su cátedra entre los años 1966-1970. Interrumpida la serie por dificultades económicas insuperables, produjo seis volúmenes de fuentes analizadas y dos anexos, y en ella se formó el primer equipo de investigadores de la guerra civil dentro de España.

En sus monografías y más aún en los prólogos, donde no se unce a la servidumbre del documento, puede disfrutarse de una de las más destiladas prosas que hayan ofrecido los contemporáneos; prosa profunda, como el pozo de Juan Ramón, que ahonda hasta la veta de la palabra. Palacio es un elegante escritor. Ese don de la escritura se transmuta profesoralmente en el estilo más sencillo, de párrafo más breve, en sus obras de síntesis. Profesores jóvenes y estudiantes han aprendido a ordenar los temas con sus enfoques en lecciones donde sin abandonar la galanura de su siempre cuidado léxico lo ha subordinado a la claridad lógica de la exposición.

Teoría historiográfica

Parte de su obra se ha desenvuelto en el plano de la teoría historiográfica, y a este aspecto vamos a prestar atención en primer lugar. Porque no se ha limitado a ser hombre de archivo, acopiador de legajos, sino que se ha planteado interrogativamente el tratamiento de las fuentes, las limitaciones y condicionantes del oficio de historiador, el papel social que la Historia debe desempeñar de iluminadora del rumbo de las colectividades humanas. Man-

tener encendida la luz de la razón en medio de las pasiones, la concordia en medio de las tensiones, sería deber del historiador, «que no es ciertamente, el de condenar o absolver, sino explicar, y por lo tanto, apaciguar y reconciliar a los hombres», en la línea que postuló muchos antes el Duque de Maura y posteriormente Raymond Aron. En su discurso de apertura del curso académico 1969-1970 en la Universidad de Madrid, «Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea» pedía que se procurara el tratamiento académico de los temas frente al polemico y que se ejercitara la prudencia ante la posibilidad del hallazgo de nuevos documentos y del necesario «careo con posibles nuevas fuentes documentales».

Junto a la aceptación de la provisionalidad de las conclusiones, limitación que afecta siempre el trabajo del historiador pero con mayor intensidad al investigador de lo contemporáneo, advertía contra la tentación de dibujar un cuadro de los procesos que respaldara opciones personales o ovalara con la interpretación forzada del pasado proyectos políticos concretos, convirtiéndose así la historia en instrumento justificador de banderías. Frente a la urgencia acientífica y la historia-coartada enumeraba el panorama posible que se abre ante el contemporaneísta:

«Hasta cierto punto las posibilidades del trabajo histórico en la frontera de lo contemporáneo se reducen a tres escalones que consisten en lo siguiente: a) ordenar sistemáticamente los problemas y la documentación concerniente a los mismos, cuyo acceso esté disponible por el momento; b) una puesta al día de los conocimientos y del estado de las cuestiones que se deducen de los mismos; y c) un ensayo de explicación provisional para dar respuesta a las demandas de quienes se interrogan con criterio histórico, en busca de una estimación de los elementos objetivados que hacen inteligible el pretérito, y no bajo los recursos subjetivos de quien incrusta ese pretérito próximo en el destino de su propia vida y en el deseo de manipular el futuro» (1).

En uno de sus prólogos condensaba su misión de maestro en las aulas en estas tres enseñanzas: los límites de nuestros conocimientos, el respeto a los hombres, la independencia de criterio. Por tratarse de un perfilado autorretrato, insertamos la cita completa, que permitirá al lector disfrutar de su depurado estilo literario y aproximarse a un hombre preocupado por la misión del historiador:

«Pocas cosas he pretendido yo enseñar en las aulas de la Universidad, como no sean estas tres que a continuación declaro: una, los límites de nuestros conocimientos, que a la vez nos obligan a reconocer la humildad de la sabiduría y despiertan en nosotros el estímulo para penetrar en el campo inmenso abierto a la novedad de las investigaciones, gracias a las cuales se podrán esclarecer parcelas todavía oscuras, donde la luz de la Historia no ha llegado aún. Otra, el respeto a los hombres que fueron protagonis-

(1) Las notas en esta conferencia-homenaje no tendrán otra finalidad que la de remitir al lector con precisión a la obra del profesor Palacio Atard. V.: *Consideraciones sobre la investigación actual de nuestra historia contemporánea. Discurso correspondiente a la apertura del curso académico 1969-1970*. Universidad de Madrid, 1969. Pág. 37.

tas del pasado, remoto o próximo, y cuyas pasiones, actos y pensamientos hemos de intentar comprender *sine ira et studio*, para no trasponer a ellos nuestra propia pasión; porque la historia como ciencia se justifica precisamente por esa capacidad de comprensión que, si es usada rectamente, debe hacerla instrumento de paz entre los hombres y no de guerra, de concordia y no de discordia, de diálogo iluminador de nuestra inteligencia y no de imposición coactiva de cualquier dogmatismo cerrado. Por fin, y esto es casi un corolario de lo que antecede, creo haber procurado también enseñar a mis alumnos a estudiar la Historia con independencia de criterio, aunque con rigor exigente en el método de trabajo; a investigar en ella arropándose en una sana disposición del espíritu, sin restricciones ni acomodamientos previos, que sólo les obligue a seguir la senda más adecuada en cada caso para aproximarse a ese centro de tan difícil acceso en el que se encierra la verdad de lo que fue» (2).

Si la finalidad última en la tarea del historiador estriba en esclarecer el sentido de la marcha de una colectividad, no podía faltar en la obra de Palacio una vertiente teorizante, de planteamientos epistemológicos sobre la naturaleza del conocimiento histórico, en el cual la interpretación ha de apoyarse siempre en una base empírica, y ésta en el refrendo documental y el contraste crítico de las diversas fuentes. Más frecuentemente en la primera etapa de su obra, en los años cuarenta, el trabajo parsimonioso de la consulta archivística se simultaneó con el ensayo, en el que se concede mayor espacio a la reflexión teórica. Precisamente su reflexión sobre el destino histórico de España surge en torno a una polémica sobre las interpretaciones documental o puramente elucubrativa. A la interpretación de Francisco Ayala, quien buscaba la clave de la decadencia española en la descomposición interna de los siglos de poderío, había replicado Sánchez Albornoz sugiriéndole estudiara la historia medieval y quejándose de la teorización sin documentos. Palacio aprovecha una glosa sobre la polémica (3) para postular la necesidad de la consulta documental previa a la teorización y para señalar las lagunas de nuestra historiografía, en la que apenas se habían analizado los problemas sociales, era todavía insuficiente la investigación de los económicos —a pesar de los trabajos de Carande y Hamilton— (4), y escaseaban los estudios biográficos, de teoría política, de historia del pensamiento, de las instituciones, y, en parte, de la cultura. «¿Qué hombre prudente, teniendo en cuenta tanta escasez de datos imprescindibles, se atreverá a dogmatizar sobre nuestro pasado? Y sin embargo hay quien a ello se atreve», concluye Palacio.

Pero el saber histórico no está en el documento sino en el marco intelectual con que se le examina, y Palacio nunca renunció, a pesar de su prudencia, a la aventura del ensayo ni a las formulaciones generalizadoras, sólo posibles cuando se contempla en un encuadre de siglos la evolución de una

(2) «Un planteamiento renovado del carlismo decimonónico». Prólogo de J. Aróstegui: *El carlismo alavés y la guerra civil de 1870-1876*. Vitoria, Diputación Foral de Alava, 1970. Pág. XVII.

(3) «Una polémica sobre el destino histórico de España». *Arbor*, n.º 31-32 (jul.-ag. 1948).

(4) Comentario a la obra de Carande en «Economía y política imperial en la España de Carlos V». *Arbor*, n.º 51 (marzo 1950).

colectividad, como ensaya en su conferencia «Lo español y lo europeo en América» (1964), cendón de interpretaciones sobre el puesto de España en el mundo. En la línea de Huizinga, quien definía «La Historia es la forma en que una cultura se rinde cuentas de su propio pasado», afirma: «Tener historia es contar con un pasado que nos acompaña. Es sentirse responsable de ese pasado, y solidarizarse con él, aunque sea por la vía de la crítica» (5). Siguiendo las tesis de Sánchez Albornoz sostiene que el destino europeo de España no se plantea en el Renacimiento sino en la Edad Media, y concluye considerando el aislamiento como una de las claves de lo hispano; «El vivir exiliados del mundo moderno nos ha costado caro. Lo hemos pagado en forma de incomprendimientos desde fuera, y en forma de subdesarrollo desde dentro. Pero también es verdad que esa especie de exilio ha facilitado la conservación de un rico caudal del humanismo español en España y en la América de habla española».

Contemplando con enfoque plurisecular el rumbo de España en los siglos modernos surgirá en las obras de la primera época, como una preocupación reiterada, la reflexión sobre la decadencia, que constituye el argumento de su libro *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII* (6), publicado con motivo del tercer centenario de la paz de Westfalia, a la que ya había dedicado un trabajo en *Arbor* en 1948. Construido sobre publicística de época, en gran parte manuscritos de la Biblioteca Nacional, el libro se entrama sobre los tres planos indicados en el título: derrota militar, agotamiento económico, crisis espiritual. En el primero insiste en su tesis de 1945 sobre la importancia decisiva de una política oceánica, sosteniendo que nuestra derrota se debió fundamentalmente al abandono de la escuadra cuando el dominio del mar resultaba indispensable para una península que tenía un istmo enemigo y las rutas marítimas constituían las arterias que nos unían a Italia y los Países Bajos. El análisis del agotamiento económico incorpora los estudios de Hamilton, Viñas, Colmeiro y especialmente Larraz, destacando, como Colmeiro y Larraz habían definido y Palacio documentará en otras páginas, el factor demográfico, elemento básico de la fortaleza o debilidad de una nación. La crisis espiritual, con la pérdida de los ideales, se percibe en aspectos varios de la sociedad y la administración españolas. La segunda parte, en la que se pasa revista a las opiniones sobre la decadencia, le obliga a enlazar las reflexiones de docenas de pensadores, desde Saavedra Fajardo, cuya importancia es evidente en estas páginas, hasta Jovellanos o una centuria más tarde los pensadores angustiados del 98.

Al año siguiente de la primera edición insiste en el tema, en *Razón de España en el mundo moderno* (7). Estos escritos ensayísticos no frenan el ritmo de

(5) «Lo español y lo europeo en América». *Cuadernos Hispanoamericanos*, n.º 174 (junio 1964), pág. 14.

(6) *Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII*. Madrid, Rialp, 1956 (1.ª edición 1949).

(7) «Razón de España en el mundo moderno». *Arbor*, n.º 50 (febrero 1950).

consulta y anotación de legajos; su investigación sobre fuentes archivísticas es enormemente amplia y abarca estudios sobre la Ilustración del siglo XVIII, la España liberal del XIX y las crisis de los años treinta en nuestro siglo (República y guerra civil).

Estudios sobre la Ilustración

La literatura historiográfica sobre el siglo XVIII se ha caracterizado por contraponer dialécticamente el espíritu del siglo, cuyo ideal es el progreso, a la barrera que le presentan las fuerzas conservadoras. A pesar de su innovación metodológica la obra de Sarrailh (1954) no se escapa de este planteamiento un tanto simplificador, que repite Herr (1958). Cuando aparece la obra de estos notables hispanistas (8) ya los historiadores españoles, con los estudios sociales de Domínguez Ortiz y los políticos de Rodríguez Casado, Palacio Atard, y algo más tarde Sánchez Agesta, habían delineado un panorama más complejo. Palacio en su ensayo «Derrota, agotamiento, decadencia en la España del siglo XVII» había distinguido tres grupos diferentes en cuanto a su planteamiento sobre el ser de España: los que querían integrar los adelantos materiales pero conservar el alma de España, los que deseaban liquidar todo el legado de la España antigua y los timoratos conservadores que se oponían a las reformas ante el temor de que implicasen la pérdida de los valores permanentes. Cuando Palacio redacta este capítulo (9) de su ensayo era un maduro conocedor del siglo XVIII, al que había dedicado su tesis doctoral y hacia el cual orientará la primera etapa de su producción. En conjunto sus estudios sobre el período de la Ilustración se enfocan hacia tres vertientes: la política internacional española, la teoría política del Estado con su correlato en la gobernación del país y la sociedad española del setecientos.

A la política exterior dedicó su libro de 1945 *El Tercer Pacto de familia* (10), por muchos motivos modélico. Apoyándose en la correspondencia diplomática custodiada en Simancas y en el Archivo Histórico Nacional estudia sucesivamente el sistema de neutralidades, los problemas pendientes en las relaciones hispano-inglesas, que inclinan a la Alianza dinástica con Francia, y la guerra. Vector de las medidas militares y las maniobras diplomáticas será la protección de las posesiones en América; la razón de la derrota no fue otra que la supremacía naval británica, ante la cual España se encontrará en una

(8) La obra de Sarrailh: *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII* es de 1954, un año posterior a la de Sánchez Agesta; *El pensamiento político del Despotismo Ilustrado*, fue traducida por el Fondo de Cultura Económica en 1957, y ha sido publicada repetidas veces. La de Richard Herr: *The eighteenth Century Revolution in Spain*. Princeton University Press, 1958, fue publicada en castellano en 1964.

(9) «España ante los ojos del siglo XVIII», cap. VI de *Derrota...*, pág. 163 y ss.

(10) *El Tercer Pacto de Familia*. Madrid. Escuela de Estudios Hispánicos de la Universidad de Sevilla, 1945.

situación de indefensión similar a la de 1898: «La paz era necesaria. En La Habana se perdieron los barcos de nuestra escuadra en aguas americanas. Imposibilitados para la acción ofensiva, ni siquiera se podía esperar una defensa eficaz de los dominios frente a los ataques que los ingleses realizaran». Así quedaba planteada la dimensión oceánica de la política interior española años antes de que el gran hispanista francés Braudel desvelara este parámetro marítimo a la historiografía española. Bien indicativa resulta la carta de Wall a Tanucci (Simancas) en la que se concluye que para España la derrota exige «promover eficazmente nuestra marina y nuestro comercio». Y en esa línea concluye Palacio: «Estabilizar el frente europeo, para consagrarse totalmente al rearme naval; concertar un sistema que nos garantizase la tranquilidad terrestre en Europa, y mirar exclusivamente al mar. Estos fueron los móviles que indujeron a Carlos a firmar el Tratado de 1761; porque sólo Francia podía ser este aliado». En muchos artículos insistirá Palacio en esta orientación oceánica: «Los vascongados y la pesca en Terranova. Las gestiones del Marqués de Monteleón en Londres» (1944), «Atlántico y Mediterráneo en la política internacional de Carlos III» (1961) «Intentos de penetración en el mercado musulmán del Mediterráneo: “Los gorros morunos de Paterna”» (1978), «La cuestión de las islas Carolinas. Un conflicto entre España y la Alemania bismarckiana» (1969), etc.

La teoría del Estado del XVIII fue tratada en su trabajo de Arbor *El Despotismo Ilustrado Español* (1947), en el cual se correlaciona la base teórica con la actuación gubernamental, tal y como había requerido Altamira en el Congreso de Varsovia de 1932. El autor se inclina por el término Absolutismo Ilustrado, delimita el tiempo y el espacio del nuevo modelo político, previniendo contra los peligros de inflación del concepto, y concluye examinando las realizaciones prácticas de una doctrina operativa, en la promoción de los caminos y la riqueza, la centralización administrativa, la actividad de las Sociedades de Amigos del País y el impulso cultural de las Academias. El concepto se enriquece con reflexiones nuevas en «Nypho y el periodismo español del siglo XVIII», prólogo a la tesis doctoral del profesor Enciso Recio, y «La casta y la cátedra», prólogo a un libro de Luis Salas Balust.

La sociedad del siglo XVIII ha sido estudiada en su libro *Los españoles de la Ilustración* (Premio Nacional de Literatura de 1964), miscelánea (11) donde se atienden temas tan diversos como los análisis de la sociedad en conjunto o de sus grupos, las reformas inspiradas por los gobernantes (Olavide, Florida-Blanca), las costumbres, o se formulan planteamientos renovadores sobre la historia de la alimentación. Los españoles del siglo se encuentran en una enrucijada de influjos dispares. Todos reciben una primera educación católica, incorporan las tendencias culturales transpirenaicas y se impregnan de los valores y de la mentalidad burguesa. Así se explican las interpretaciones divergentes de las figuras del XVIII —explica el autor—, pues según el plano que

(11) *Los españoles de la Ilustración*. Madrid, Guadarrama, 1964.

se seccione un mismo personaje puede aparecer como representante de la ortodoxia católica o con las huellas de una modernización anticristiana. Con trabajos en los que se examinan las reformas impulsadas por el poder («La reforma del Estado en el pensamiento de Floridablanca»), la educación («Del sarao a la tertulia, La educación de la mujer en Moratín»), o grupos sociales poco conocidos («Obreros protestantes en Cataluña en 1773»), el libro es un clásico que anticipa o culmina análisis sobre la historia de las mentalidades y la historia de la alimentación, sobre los que volveremos.

Se completa la atención a la centuria con el riguroso estudio sobre *El comercio de Castilla y el Puerto de Santander en el siglo XVIII* (1960), todavía hoy una de las raras monografías consagradas a la historia de las comunicaciones españolas, enfocada con un prisma social y económico dentro de la breve bibliografía de los caminos —más propensa a la estadística o al folklorismo descriptivo—, aunque el autor modestamente subtitule este original trabajo con el parágrafo «Notas para su estudio» (12). Con una amplia base documental de los Archivos General de Simancas, Histórico Nacional, Provincial de Santander, del real Consulado y publicística de época, en particular las Memorias de Larruga, se examina el movimiento comercial de lanas, harinas, vinos, curtidos, hierro, cerveza y las razones de la prosperidad de Santander, en un análisis preciso de la interrelación política-economía, con lo que se comprueba la superación de los obstáculos naturales por la orientación de la política económica. En las normas de preferencia de paso se apuntan sugerentes datos para la historia de las mentalidades y aun para la aproximación a la dinámica social, porque en suma los gobernantes ilustrados se vieron obligados a cambiar determinadas pautas de comportamiento y a extinguir seculares privilegios para conseguir una sociedad más moderna, y la modernidad no es simple cuestión de avances materiales sino en mayor medida todavía apertura en los hábitos mentales. En suma, este sugeridor libro, riguroso en todos los puntos que examina, resulta incitador, estimula nuevas investigaciones, enriquece con preguntas al lector.

No han envejecido, por el contrario han cobrado mayor relevancia con la investigación reciente, los estudios sobre el cambio social entre las dos centurias, el paso lento y titubeante del Antiguo Régimen a la nueva sociedad liberal. La dispersión de los trabajos o su consideración de simple conferencia de alguno de ellos han velado la percepción del interés capital de una serie de estudios que merecerían publicación conjunta. La tesis de la evolución lenta de las estructuras sociales y de la importancia de las reformas de la Ilustración como preludio de los cambios del XIX constituye su línea directriz.

La ósmosis nobleza-burguesía, que se inicia con la asunción por la burguesía de las pautas aristocráticas, proceso actualmente en fase de investigación por otros historiadores en la sociedad liberal, fue planteada en el trabajo *El atractivo nobiliario sobre la burguesía española del Antiguo Régimen*, publica-

(12) *El comercio de Castilla y el puerto de Santander en el siglo XVIII*. Notas para su estudio. Madrid, CSIC, 1960.

do en el homenaje a Johannes Vincke (13). En tres líneas condensa un rasgo clave de la sociedad española: «Durante el siglo XVIII la aspiración suprema del burgués en España era, o bien asegurarse una pequeña renta y retirarse a vivir al estilo de los nobles, o bien ennoblecerse elevándose al rango aristocrático», proceso que Capmany consideraba peligroso porque «desmerecería» una distinción que se prodigara. Los mismos procesos identificatorios entre las clases hegemónicas de los siglos XVIII y XIX fueron desarrollados en «Estilo de vida aristocrático y mentalidad burguesa».

La preocupación por aclarar los fundamentos de la sociedad española y medir sus cambios inspira *Sociedad estamental y monarquía absolutista* (14), elaborado como una conferencia para el Ateneo, trabajo en el que se sientan las bases sociales y conceptuales del Antiguo Régimen, se define a España como una «sociedad aristocrática de base campesina» y se dibuja en síntesis admirable por su sencillez los elementos estructurales de ese «país de campesinos» con pequeños grupos menestrales, y centros como Sevilla, Cádiz, Barcelona, la Medina del XV o el Bilbao del XVIII, que son asientos de hombres de finanzas y grandes mercaderes, mientras la aristocracia mantiene su fisonomía grupal con matrimonios de casta y el hidalgo perdura como una onerosa y anacrónica forma de vivir. La serie culmina en *De la Sociedad estamental a la sociedad de clases* (15), muestrario de los procesos evolutivos: disolución cuantitativa de la nobleza contabilizada a través de los censos y los cambios jurídicos que afectan a fueros, señoríos, mayorazgos e institución matrimonial.

Con estos trabajos queda armada la estructura para enlazar los dos siglos e iniciar la investigación sobre la siguiente centuria.

Estudios sobre el siglo XIX

La España del siglo XIX ha quedado cubierta por múltiples estudios, que abarcan desde la guerra de la Independencia a la Restauración, pasando por «Siete calas en la España liberal» y varios prólogos con agudas reflexiones conceptuales y metodológicas a tesis sobre las revoluciones de 1848 y 1868 o el carlismo.

Dentro de la abundante publicística sobre la Guerra de la Independencia supuso una nueva óptica *La imagen de España en Europa a comienzos del siglo XIX* (16), en donde se examina el «Reglamento de partidas y Cuadrillas» de 28

(13) «El atractivo nobiliario sobre la burguesía española del Antiguo Régimen». En *Homenaje a Johannes Vincke*. Madrid, CSIC y I. Goerres-Gesellschaft, 1962-3. T. II.

(14) «Sociedad estamental y monarquía absolutista». Madrid, Ateneo (col. *O crece o muere*), 1961.

(15) También fue concebido como una conferencia para el Ateneo de Madrid. Posteriormente, y algo simplificado, fue publicado en la colección de conferencias del Ateneo de Málaga: *Historia social de España siglo XIX*. Madrid, Guadiana, 1972.

(16) «La imagen de España en Europa a comienzos del siglo XIX». *Las Ciencias*. Tomo XXXIX, n.º 2 (1974).

de diciembre de 1808 y se incluye como apéndice la «Instrucción del Corso terrestre», de la Colección del Fraile, del Servicio Histórico Militar.

En *Instrucción y formación clerical a principios del siglo XIX: una problemática histórica* (17), prólogo a un libro de Leandro Higuera, se postula el estudio de la situación de la clase social más profundamente sacudida por las reformas del XVIII y la política del XIX. Al lado de apuntes sobre la geografía del clero, con sus centros intelectuales en Madrid, Toledo y Alcalá y situaciones extremas con respecto a la distribución de efectivos, que van desde la proporción de un cura por 141 fieles en Alava a 1 por 3.614 en Murcia, se apuntan precisas indicaciones sobre la importancia del estudio de las riquezas de la Iglesia, que requieren la correlación precios/rentas para una adecuada valoración de la capacidad económica de la institución eclesial en conjunto y del nivel de vida de los individuos pertenecientes al clero, con lo que se abre un tema al que el autor de este artículo ha prestado posteriormente atención y que requerirá nuevos trabajos con el fin de medir adecuadamente las bases económicas de la Iglesia.

«En siete calas en la España liberal» y en el marco de las empresas en equipo que ha promovido, Palacio presenta y glosa en *Anexos de Hispania* (18) investigaciones tan diversas como el proceso de Villanueva (estudiado por Lasa Iraola), los antecedentes de la guerra civil (Martínez Ruiz), la presencia española en la crisis constitucional portuguesa a finales de los años veinte (Concordia), la alimentación de Madrid en el reinado de Fernando VII (Espadas), el epistolario de Aviraneta con el marqués de Miraflores como ejemplo de espionaje en la guerra carlista (Simón Palmer), la desamortización (López Puerta), la emigración clandestina a América (Fernández Arlaud), en una miscelánea rica en sugerencias.

No podía olvidarse alguna aproximación a las convulsiones revolucionarias del siglo XIX, y así en el prólogo a la tesis de S. Cabeza Sánchez-Albornos (19) pone de relieve los embates a un sistema político no consolidado, contra el que sucesivamente se producen los asaltos de la conspiración progresista, la guerra carlista y la revuelta republicana, y por otra parte se exhibe la inmadurez, «el infantilismo revolucionario» de quienes limitaban la revolución a las barricadas, aunque la expresión conjunta de revolución de las barricadas presente un inequívoco sabor romántico.

De diferente índole es la aproximación a la revolución de 1868. Otro prólogo, a un estudio del profesor Luis Álvarez sobre el 68 en la prensa alemana, prólogo al que pone con humor el título *Schon wieder eine Revolution in Spa-*

(17) «Instrucción y formación clerical a principios del siglo XIX: una problemática histórica». Prólogo al libro de L. Higuera: *El clero de Toledo desde 1800 a 1823*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1979.

(18) «Siete calas en la España liberal», en *Cuadernos de Historia*. Anexos de la revista «Hispania», 4 (1973).

(19) «¿Tormenta o revolución?», prólogo del libro de S. Cabeza Sánchez-Albornos: *Los sucesos de 1848 en España*. Madrid, Fundación Universitaria Española, 1981.

nien, tomado de un titular alemán, es aprovechado para formular planteamientos teóricos, de crítica documental, sobre la perspectiva con que se elabora la fuente y por tanto el criterio con que debe leerla el historiador, apuntando consideraciones metodológicas que podrían aplicarse a la prensa extranjera en cualquier tema español:

«Esto plantea un problema de carácter general, que no se circunscribe a 1868, ni sólo a la prensa alemana en relación a España. Las dificultades de interpretación de un medio socio-cultural tan diferenciado como el español respecto al medio alemán multiplican los riesgos de distorsión. Quien vive arraigado en un medio absolutamente extraño al que es objeto de su observación corre el peligro de aplicar al mismo unos módulos de interpretación o una óptica de observación inadecuados, de los que se obtengan imágenes aberrantes y conclusiones inexactas» (20).

En otros momentos, al presentar las tesis de Enciso y de J. Timoteo Alvarez, y en los *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España*, reflexionará sobre las limitaciones y la trascendencia de la prensa como fuente. Con este interrogante sobre la limitación de la fuente y el procedimiento intelectual con que debe ser leída se afronta en «Schon wieder...» una tipología de las revoluciones distinguiendo la de las barricadas de la de carácter militar. Posteriormente otros autores insistirán en la taxonomía de los pronunciamientos para comprender el papel del ejército en la revolución liberal.

El estudio preliminar al libro de Espadas sobre los orígenes de la Restauración (21) le brinda la oportunidad de insistir en la necesidad de considerar la coordinada europea, valorada aquí como el «primer acierto» del estudio de Espadas, para comprender los acontecimientos peninsulares, coordinada que ya había destacado en su primer libro sobre el Tercer Pacto de Familia. Pero en los años setenta del siglo XIX, al igual que en los años cincuenta, el plano europeo debía ser completado con la referencia específica al Vaticano: «La Santa Sede está siempre presente en los negocios de España», referencia que ocupa también la tesina de Licenciatura de Aguirre Barratieta. Por otra parte se destaca en la obra de Espadas y se pondera en la presentación de Palacio el trasfondo cubano de la revolución, trasfondo sin cuya consideración no se entiende la mayoría de los procesos no ya políticos sino incluso sociales y económicos del XIX español.

No podía quedar ausente el estudio del carlismo, hacia el que orientó a algunos discípulos. Hemos citado ya el prólogo a la obra de Aróstegui (22) sobre el carlismo alavés de los años setenta, con cuyos renovadores planteamientos al examinar los soportes sociales del carlismo se pone en cuestión su

(20) «Schon wieder eine Revolution in Spanien», prólogo a la obra de Luis Alvarez: *La Revolución española de 1868 ante la opinión pública alemana*. Madrid, 1976. Pág. VI.

(21) «Los orígenes de la Restauración a un siglo de distancia», prólogo al libro de Manuel Espadas: *Alfonso XII y los orígenes de la Restauración*. Madrid, CSIC, 1975.

(22) V. nota 2.

calificación como un movimiento básicamente rural. De manera menos frontal el tema del carlismo vuelve a ser examinado en la tesis de Estíbaliz Ruíz de Azúa, a la que luego nos referiremos.

Mayor relevancia en las rutas que recorren hoy los historiadores ofrecen sus renovaciones temáticas, temas cuyo estudio ha sugerido a sus discípulos, centrados en el siglo XIX pero con una atención inicial al siglo XVIII. Debemos ponderar en primer lugar su atención a la historia de las ciudades, con trabajos sobre Bilbao y Madrid. Aunque los temas vascos son estudiados más pormenorizadamente en el artículo de Ruiz de Azúa, no debemos soslayar una breve indicación. Con respecto a la historia de Bilbao, advertía en el prólogo a la tesis de Mercedes Mauleón sobre la importancia para el conocimiento de la realidad histórica de la dimensión demográfica, en aquel momento atendida robinsónicamente por ponencias de Reinhard y Louis Henry, y rama hoy, la demografía histórica, que cuenta con extensa nómina de maestros de la talla de Wringley, Dupaquier, Goubert, Guillaume, Hollingsworth, Mckeown, Popescu, y en España con los estudios de Nadal, Bustelo y Pérez Moreda (23).

En nuestra opinión, en las cálidas páginas que Palacio dedica a su Bilbao natal lo más valioso es el ensamblaje de una serie de planos de análisis para resaltar la personalidad de la urbe: «... el valor típico que tiene Bilbao en el siglo XVIII como ciudad periférica, comerciante y burguesa, en una centuria en que la España burguesa despierta y la periferia española comienza a hacer sentir su peso sobre el conjunto político y económico del Estado. Bilbao, junto con Cádiz y Barcelona, son los tres núcleos periféricos en que más propiamente podemos constatar la presencia de una burguesía en desarrollo a lo largo del setecientos». destacando al propio tiempo su estructura, con un clero reducido y escasos militares y mayorazgos, el crecimiento de su población, con la flexión de 1763 por la crisis del comercio lanero y la orientación del tráfico hacia Santander, y, en fin, el *fluir* del vivir urbano: «Cobran vida en este libro las calles del Bilbao setecentista», resume.

De otra índole es la tesis de Estíbaliz Ruíz de Azúa: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra* (24). El siempre apasionante tema de la vida urbana en la situación límite de un sitio permite el conocimiento de la población, sus cifras globales y la procedencia de los inmigrantes, y la clasificación profesional, así como las privaciones de la ciudad sitiada y los efectos de onda larga en las actitudes posteriores de los habitantes, en la profesión de un liberalismo universal y un anticlericalismo que no deja de ser una nota peculiar en el País Vasco. La invocación a la protección divina por los dos bandos, «de donde resultaba que los enemigos se creían mutuamente, y cada uno por su lado, defensores de la causa divina», constituye una nota no infrecuente aunque casi siempre esgrimida con carác-

(23) «La dimensión demográfica en la Historia», prólogo a la obra de Mercedes Mauleón: *La población de Bilbao en el siglo XVIII*. Universidad de Valladolid, 1961.

(24) Prólogo al libro de M.ª E. Ruiz de Azúa: *El sitio de Bilbao en 1874. Estudio del comportamiento social de una ciudad en guerra*. Bilbao, La Gran Enciclopedia Vasca, 1976.

ter de monopolio por uno de los bandos en las contiendas civiles hispanas. La oportuna comparación con el París sitiado de 1870 lleva a Palacio a indicar con fina percepción las diferencias no sólo de magnitud sino también las que se derivan de la diferente evolución de los acontecimientos. Los temas vascos se completarán con la dirección de otras siete tesis doctorales.

En cuanto a Madrid es el fundador de una escuela de madrileñistas que ha colocado ya los primeros hitos para la elaboración de una historia científica de la Villa, que desearíamos fuera de la calidad y la escala que ha supuesto para París la dirigida por Louis Girard. «Las Cortes de Madrid en el siglo XVIII», «Alimentación y abastecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII», «Abastecimiento de Madrid hacia 1800», «Sombras y luces de Madrid hacia 1830», entre otros, cubren una serie de la que trata en otro trabajo de este número Espadas, por lo que nos limitaremos a indicar que ofrece la pluralidad de enfoques, la curiosidad diversa que caracteriza a la entera producción historiográfica de Vicente Palacio, alternando estudios políticos, de abastecimiento, de mentalidades, etc. (25). Con toda justicia puede afirmarse que es uno de los máximos especialistas en historia de Madrid, historia que está por hacer y que a veces se ha intentado reducir a descripciones costumbristas de origen literario.

Al lado de esta orientación urbana han de señalarse otros temas, que constituyeron en su día y aún constituyen novedades historiográficas. En aras de la brevedad citemos de pasada y a manera de ejemplo campos poco usuales, como el de las Cajas de Ahorros (26), que no han de olvidarse al estudiar la vida social de una provincia o de una región, y ciñámonos a dos aspectos capitales en el análisis de cualquier colectividad: educación y alimentación. A la educación, enfocada con un prisma social diferente al teórico de los historiadores de la pedagogía, ha prestado atención en varios trabajos del siglo XVIII y en la dirección de tesis y tesinas en el XIX. En su doble valor de indicador de los niveles de desarrollo, tan básico como las tasas demográficas, y de eje de la historia de las mentalidades ha constituido preocupación permanente en su investigación. Recordemos que la política educativa representa uno de los principios definidores del espíritu ilustrado y al mismo dedica varios de los trabajos incluidos en «Los españoles de la Ilustración»; así «Del sarao a la tertulia» o «La educación de la mujer en Moratín» o «La casta y la cátedra». En este escribe: «Las enseñanzas, los planes de estudio, los métodos pedagógicos, serán dignos de la atención de los historiadores», previsión en futuro que trasluce por otra parte cuanto suponía de novedad temática.

(25) Algunos de estos trabajos: *Alimentación y abastecimiento de Madrid* (1966), *Las Cortes de Madrid en el siglo XVIII* (1979), *Sombras y luces en Madrid hacia 1850* (1982), fueron elaborados como conferencias en ciclos del Instituto de Estudios Madrileños, y posteriormente publicados con notas y el debido aparato científico.

(26) «Datos para la historia socioeconómica de Andalucía en el siglo XIX», prólogo al estudio de L. Palacios Bañuelos; *Sociedad y economías andaluzas en el siglo XIX: Montes de Piedad y Cajas de Ahorros*. Caja de Ahorros de Córdoba, 1977. 2 vols.

Insistirá en esta línea, referida ya a los comienzos de la siguiente centuria, en «Instrucción y formación clerical a principios del siglo XIX: una problemática histórica» (1979), introducción del libro de Higuera, en la que se señala la falta de cultura de gran parte del clero. Pero será el prólogo a la tesis de Simón Palmer el que perfile con mayor detenimiento sus vertientes (27), resaltando que el historiador debe atender tres niveles: los proyectos educativos, las realizaciones —para no detenerse en el umbral teórico de la pedagogía— y «la proyección social de los niveles educativos, a fin de abrir vías de penetración en el conocimiento de las estructuras mentales básicas», nivel este último que sitúa la historia de la educación en el campo de la historia de las mentalidades. Anterior en el tiempo es el prólogo al libro de la profesora Gómez Molleda: «Los reformadores de la España contemporánea», donde al prestar atención a la entrada de ciertas corrientes ideológicas foráneas —otra vez la coordinada europea— y a la resistencia interior de algunos sectores a esta penetración, se elevan los planteamientos hasta convertir el debate sobre la educación en la cuestión de la identidad de España, conectada a su vez con el tema, que tanto le había ocupado, de la decadencia: «Los reformadores consideraban frustrado el proyecto de España en la historia moderna y atribuían la responsabilidad de su fracaso a la Iglesia y a la Monarquía» (28).

No menos novedosa ha sido su insistencia en temas de historia de la alimentación, relacionados estrechamente con sus investigaciones sobre Madrid. A sus «Notas acerca de la historia de la alimentación», publicadas cuando solamente disponíamos del trabajo pionero de Meuvret y cuando iniciaba J. P. Aron sus primeras publicaciones sobre la sensibilidad alimentaria de París, han continuado otras calas en un tema enriquecido en la actualidad por las publicaciones de Hémarquinquer, Bennisar, Mandrou, Roland Barthes, Moreneau, Andrzej Wyczánski (29).

La importancia del tema ha sido destacada numerosas veces. En el prólogo a la tesis de Simón Palmer escribía que en su cátedra se había mostrado preferente interés por la historia de la alimentación y la historia de la educación: «La cosa merece la pena. La alimentación no sólo cubre una necesidad primerísima del hombre; sino que revela una cultura a través de lo que podemos denominar sensibilidad alimentaria».

Antes de esta expresa declaración anticipaba el tema en sus «Notas acerca de la historia de la alimentación» (1964), que incluiría luego en «Los españoles de la Ilustración», detallando todas sus posibilidades así como los problemas de la investigación: fuentes, métodos, consumo de carne, necesidad de

(27) M.º del C. Simón Palmer: *La enseñanza privada seglar en Madrid, 1820-1868*. Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1972.

(28) «Educadores y reformadores». Prólogo al libro de M.º D. Gómez Molleda: *Los reformadores de la España Contemporánea*. Madrid, CSIC, 1966. Pág. XXVI.

(29) La importancia de este capítulo de la historia social es evidente en la serie de trabajos presentados por J. J. Hémarquinquer en «Pour une histoire de l'alimentation» (*Cahiers des Annales*, 28, 1970).

medir el de otros artículos, determinación de las raciones individuales y de los tipos especiales, como los hospitales militares, para llegar a valorar los presupuestos familiares en relación a los precios de los artículos y su significación porcentual en los gastos domésticos. Por entonces iniciaba con varios discípulos lo que debía haber sido una historia de la alimentación madrileña, que no se remató por insuficiente financiación. Pero el obstáculo financiero se compensó en parte con la vuelta en ocasiones varias a la investigación de la historia de la alimentación. En «Alimentación y abastecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII» (30) ampliaba el enfoque al medir además del consumo de carne el global de pan, el de pescado y otros, y en «La alimentación en el Madrid romántico» (31) (prólogo a la tesis doctoral del autor de este artículo) se introduce la tipología de la dieta madrileña con sus abundancias, carencias y desequilibrios, al tiempo que se correlaciona el mercado urbano con el vaivén de las cosechas en el proceso que más estrechamente vincula la ciudad con el espacio rural.

Las crisis de los años treinta

Un nuevo campo, las crisis de los años treinta de nuestro siglo, ha representado un salto cronológico en la obra del profesor Palacio Atard. Varios trabajos sobre la República, recogidos algunos de ellos en el libro «Cinco historias de la República y la guerra» (32), examinan un período sin cuyo estudio cabal no es posible la comprensión científica de la guerra civil. De las cinco «Historias» tres se dedican a un tema de trascendental importancia, las relaciones Iglesia-Estado, siempre capital en la historia española —recordemos que la referencia a la Santa Sede en la política exterior se había destacado en trabajos del siglo XIX— pero que cobra particular relevancia en un período crítico y en una cuestión insuficientemente investigada, cuando no hostigada o defendida desde trincheras apologéticas. La serie que se inicia con «La Segunda República y la Iglesia» formula los puntos claves con el tratamiento académico que el tema exige.

La revolución de octubre de 1934 ha producido con motivo del cincuentenario abundante bibliografía y suscitado toda suerte de interpretaciones. Años antes de esta curiosidad conmemorativa J. A. Sánchez y García-Saúco, en tesis dirigida por el profesor Palacio (33), había estudiado la génesis y efi-

(30) *Alimentación y abastecimiento de Madrid en la segunda mitad del siglo XVIII*. Ayuntamiento de Madrid, Instituto de Estudios Madrileños, 1966.

(31) «La alimentación en el Madrid romántico», prólogo al libro de A. Fernández García; *El abastecimiento de Madrid en el reinado de Isabel II*. Madrid, CSIC - Instituto de Estudios Madrileños, 1971.

(32) *Cinco historias de la República y de la guerra*. Madrid, Editora Nacional, 1973.

(33) «La revolución asturiana de 1934 a examen», incluido en «Cinco historias...». J. A. Sánchez y García-Saúco: *La revolución de 1934 en Asturias*. Madrid, Editora Nacional, 1974.

mera existencia de la revolución asturiana. Palacio, al presentar este estudio, encuadra el acontecimiento no sólo en coordenadas españolas sino también, como en otros trabajos que hemos mencionado, en coordenadas europeas, subrayando que no pueden comprenderse los grandes procesos españoles aislados, y desde luego en este caso la radicalización del partido socialista no se entendería sin el ascenso amenazador de los fascismos. Por otra parte, Saúco y Palacio ponen en duda los verdaderos objetivos del partido socialista, sugiriendo que se limitarían a una presión sobre el gobierno para impedir el corrimiento de la República hacia posiciones de un conservadurismo poco acorde con la naturaleza del régimen republicano. Palacio lo llama «la revolución más anunciada de los tiempos modernos», táctica infantil en una revolución que se propusiera realmente la conquista del poder. Es asunto discutible y en estos momentos discutido. Santos Juliá lo ha abordado con otros planteamientos que en parte avalan la tesis anterior, incluso con el argumento de que «una decisión tan anunciada» proporcionaba todo tipo de ventajas al gobierno (34). Marta Bizcarrondo (35) distingue entre el sector moderado del socialismo, «Prieto representa una interpretación de la revolución como presión sobre el gobierno», y el caballerismo, que en última instancia preparó «una insurrección armada para la conquista del poder político». En nuestra opinión es tema todavía abierto, en el que la temprana aportación de Saúco y Palacio ha de ser referencia obligada, aunque sólo fuera para discutirla, lo que implica en todo caso un valor intrínseco.

En el tema de la contienda española nos encontramos con una de las más relevantes aportaciones de su magisterio al formar un equipo de más de una docena de colaboradores, que ordenó y valoró el material disponible en las bibliotecas españolas en los seis volúmenes de «Cuadernos bibliográficos de la guerra de España», único intento en los años sesenta, junto con el del profesor Seco Serrano, de conducir el tema de la guerra dentro de España a planteamientos historiográficos, lejos de enconos partidarios o disputas encendidas por dolorosas experiencias personales. Elogiados en el extranjero los «Cuadernos», en cuyos estudios introductorios se incluyen meditadas reflexiones hermenéuticas del profesor Palacio sobre el tratamiento metodológico de las fuentes, y en concreto sobre las «sospechosas»; prensa y memorias, quedaron como empresa inconclusa, en la cual se proyectaba el análisis de libros sobre los preparativos del alzamiento, biografías, repertorios documentales, y las dimensiones militar, internacional e ideológica de las dos zonas.

Estudiada esta sección en otro lugar de este homenaje por el profesor Gutiérrez Álvarez, nos limitamos a indicar que Palacio anticipa su preocupación por el tratamiento científico, académico, de los temas, que volverá a solicitar en su Discurso de Apertura de curso en la universidad en 1969. Entre la selva

(34) Santos Juliá: «Los socialistas y el escenario de la futura revolución», en VV. AA.: *Octubre 1934. Cincuenta años para la reflexión*, Madrid, Siglo XXI, 1985.

(35) Marta Bizcarrondo: «El marco histórico de la revolución». En *Estudios de Historia Social*, 31 (1984), número monográfico sobre la Revolución de Octubre.

de documentos y la tensión emocional de las plumas que los elaboraron los criterios que propone en la presentación de la colección configuran un programa que bien pudiera ser guía del investigador que se inicie en la investigación de estos años trágicos:

«Me parece que los fundamentos para una interpretación histórica objetivada son, por lo menos, estos: Primero, rehuir toda finalidad polémica, renunciando al empeño preconcebido de defender cualquier postura a toda costa. Segundo, intentar comprender aquel magno acontecimiento histórico en toda su complejidad, dando de lado a los simplismos propios elaborados por la propaganda. Tercero, tratar de penetrar en las razones de todos los contendientes, para procurar entenderlas cada una desde su punto de vista. Esto exige, claro está, eludir el uso frecuente de los anatemas, para sustituir el puro negativismo por una explicación racional de las actitudes opuestas» (36).

... ..

A lo largo de esta exposición se han citado prólogos en ocasiones múltiples. Su frecuencia constituye un indicador de la abundancia de trabajos dirigidos y de la relación cordial con tesinandos y doctorandos. Representa por otra parte una de las más personales maneras de docencia de Vicente Palacio. Porque no se limita en ellos a simples resúmenes ni a la liturgia de los elogios, que en definitiva parece ser la función de un prólogo. No faltan, desde luego, las síntesis, a veces más claras y mejor trabadas que el volumen que introducen, ni la cordialidad más genuina, que tantas veces ha sido la única gratificación de meses o años de silenciosa tarea investigadora. Pero en su caso van más allá de la pública gratulación y se elevan a planteamientos conceptuales y metodológicos renovadores, hasta el punto de que el prólogo es con frecuencia un pretexto para reflexionar sobre el tema y sus perspectivas historiográficas. Y no carecen de observaciones críticas suavísimamente expresadas en puntos concretos, que obligarán a ahondar más la investigación. Tres ejemplos, para ilustrar lo que decimos. A Higuera en su estudio sobre el clero toledano le indica que falta el tratamiento de los regulares, lo que conforma otro mundo diferente dentro de la Iglesia; al autor de estas páginas en su tesis sobre el abastecimiento madrileño, le inquiere con cortés extrañeza por el silencio de la prensa en el hambre de 1847 (lo que nos ha llevado a indagar en el control de la prensa por Narváez); a Aróstegui en su tesis sobre el carlismo alavés le limita el alcance de la conclusión del componente urbano preguntando si la sociedad no es en definitiva rural, pregunta de gran sutileza porque quizás en nación industrializada no hubiera podido echar raíces una ideología nostálgica como la del carlismo.

Esta capacidad de apertura, de llevar el tema a un nuevo nivel, sólo es posible con una larga experiencia de dirección de trabajos. El canciller Adenauer escribía en sus *Memorias*, al filo de los noventa años: «Una vida larga

(36) «La guerra de folletos», *Cuadernos bibliográficos de la guerra de España (1936-1939)*. Serie 1, fasc. 1. Universidad de Madrid, 1966. Pág. IX.

brinda a las personas la posibilidad de acumular experiencias. La experiencia puede ser una directriz del pensar y del obrar, imposible de sustituir por nada, ni aun por la inteligencia innata.»

Índice de la amplitud del magisterio del profesor Palacio Atard es el total de 48 tesis doctorales dirigidas hasta la fecha, entre ellas las de muchos catedráticos y titulares de la universidad española o investigadores del CSIC, como las de los profesores Enciso, Cepeda, Luis Alvarez, Antonio Fernández, Secundino José Gutiérrez, Aróstegui, Revuelta, M.^a Felipa Núñez, Carmen Simón, Higuera, Antonio Molero, Cabeza Sánchez-Albornoz, Ruiz de Azúa, Luis Palacios, Jesús Timoteo Alvarez, Emilio de Diego. Doctor «honoris causa» por las Universidades de Cuyo y la católica de Tucumán y profesor honorario de la de Mendoza, su magisterio ha tenido proyección internacional, con cursos en las universidades de Bonn, Colonia, Freiburg Brisgau, Munich, Maguncia, París, Niza, Burdeos, Roma, Buenos Aires, Mar del Plata, Córdoba (Argentina), Tucumán, Mendoza, Santiago de Chile, Concepción, Valparaíso, Lima, Quito, Bogotá, Río Piedras (Puerto Rico), Río de Janeiro, Sao Paulo, Porto Alegre y otras.

Dudamos que sea cierta la sentencia del novelista Van der Meersch sobre el trabajo: «El hombre no es feliz sino cuando estima que en su esfuerzo suministra siempre un poco más de lo que se le paga», porque equivaldría a sostener que todos los investigadores españoles son idílicamente felices. En todo caso no es fácil calibrar con simples monedas, ni por tanto pagar, la obra de un científico, que sólo puede ser retribuida por el reconocimiento social, o, al menos, el de los sectores sociales beneficiados por su esfuerzo. Lo que un científico aporta es su obra y la obra de quienes han seguido sus enseñanzas y respondido a sus estímulos.

En uno de sus prólogos escribía Vicente Palacio, a propósito de un pasaje de un diálogo de Luis Vives: «Así quisiera un docente que fuera su propia vida: una continua incitación para los demás». Creemos que en su caso se ha colmado este deseo. Su magisterio ha sido para sus discípulos entrañable y fecundo.